II Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

VISIÓN PROFUNDA

Por Pedrojosé Ynaraja

1.- Os puede extrañar, mis queridos jóvenes lectores, que se vuelva a hablar en otra misa dominical del bautismo del Señor. Ya os decía en otra ocasión que no le preocupó a la primitiva comunidad la Navidad y sí, y mucho, el bautismo.

2.- Si lo consideramos con serenidad, nosotros, a siglos de lo sucedido y despojándonos de costumbres populares, reconoceremos que el momento crucial fue el de la Anunciación o Encarnación. En Nazaret. Aquello fue el inicio. Momento trascendente, pese a ser oculto. En Belén se hizo visible a unos cuantos. A santa María que pese a haberlo llevado en su seno durante nueve meses, al tenerlo en brazos, al darle de mamar, al atenderle en tantas cosas que requiere y solicita un bebé, se sorprendería y le costaría creer que era un niño como los demás respecto hábitos biológicos, pero exclusivo y único, respecto a su Divinidad, cosa que se le había comunicado confidencialmente y de la que no dudaba. Ahora bien, vivir las dos realidades le costaría mucho. No hay que olvidar que los teólogos afirman que la Fe es una virtud esencialmente oscura y la vida espiritual de la Virgen se fundaba también en la Fe. No hay que olvidarlo. Esta dificultad, más que desconcertarla y desorientarla, le exigía conservar y meditar todo profundamente en su interior. Lo repite el evangelio dos veces. Se le hizo notoria su existencia a José, que aún le costaría más aceptarlo con Fe. Se dio a conocer a los pastores, a los viejecitos, él y ella, del Templo y a los Magos. Y basta.

3.- Un gran silencio, cual tenue niebla, cubre la vida en Nazaret. Pese a vivir en la alta Galilea, su oficio le exigiría desplazarse por el entorno. El trabajador vive de su trabajo y donde hay trabajo y por aquel entonces sabemos que se trasformó una vieja población cercana, se reedifico al estilo clásico, con urbanización a la manera de las urbes romanas y se fue convirtiendo en capital. Se trataba de Séforis, a poco más de 4km de Nazaret. Allí ganaría el sustento y allí aprendería a entender, leer y escribir la lengua hebrea y a por lo menos chapurrear algo del griego y alguna palabra del latín.

4.- Un poco más lejana se estaba levantando a orillas del Lago, Tiberias, y seguramente necesitarían operarios foráneos. Probablemente allí también trabajó. Con sus padres, y también ya adulto, peregrinaría a Jerusalén con motivo de las fiestas anuales. Sin duda estaría informado, directa o indirectamente, de la aparición de Juan, aquel lejano pariente del que su Madre le habría hablado en alguna ocasión. Un día partió en su busca.

5.- El Bautista probablemente no sería tan ducho en las Escrituras como el Señor. Ahora bien, la estancia en el desierto habría abonado su interior y la mente de Dios habría sembrado la semilla de su misión, que creció ufana y robusta. En el desierto

de Juan, próximo a Ein-Karen, no abundan ni los peñascos, ni la arena, a diferencia del de Judá. Está situado en un lugar ahondado, repleto de arboleda, que creo recordar con espeso encinar, que al contemplarlo desde lo alto, como yo he podido hacerlo, que encoge el espíritu.

5.- En la soledad y el silencio, lenta y fuertemente fue anidando el mensaje de su vocación. Fue aquel lugar como el capullo donde se refugia la oruga, se trasforma en crisálida y un día se rompe y escapa la mariposa. Así ocurrió. De allí, anónimamente, se trasladó al Jordán. Allí con su predicación hizo temblar a unos, dio esperanza a otros, entusiasmó a los más.

6.- Y llegó el Señor, también anónimamente. Él lo esperaba. Su voz interior se lo aseguraba, la de Dios que le orientó. Y fue fiel a lo que se le anunciaba. Humildemente cumplió con su misión. Él y otros experimentaron el prodigio. Él lo interpretó mejor y no se lo calló. Esta Teofanía fue pública y notoria para los que estaban dispuestos a aceptarla. ¿Lo estamos nosotros? Se le dijo interiormente, intuitivamente con probabilidad, sería. Se arriesgó a creerlo. La Fe siempre lo es.

6.- Cuando llegó la ocasión creyó la visión y no se la guardó para sí. La dio a conocer. El Padre era una Voz, el Hijo un Hombre sereno, el Espíritu un Ave de paz. Tres imágenes sensibles tal vez, de una sola realidad. De ello habló y quiso que sus discípulos lo aceptasen, quiso Dios Padre-Hijo-Espíritu que nosotros lo aceptásemos también y lo diésemos a conocer.

¿Qué implica, qué nos implica, que os implica, mis queridos jóvenes lectores?